

SESIÓN ACADÉMICA EN HONOR DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

El pasado 28 de enero de 1997, festividad de Santo Tomás de Aquino, tuvo lugar en el número 141 de la madrileña calle de Claudio Coello, bajo los auspicios de los padres dominicos y dentro de la Cátedra «Juan Pablo II» de la Sección española de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino (S.I.T.A.E.), la tradicional sesión académica en honor del Doctor Angélico, en esta ocasión con la conferencia pronunciada por el prestigioso teólogo argentino P. Alfredo Sáenz, S. J., bajo el sugerente título de «El 'Nuevo Orden Mundial' de Fukuyama, frente al perenne humanismo cristiano de Santo Tomás». Presidió la reunión el Presidente de la S.I.T.A.E., P. Victorino Rodríguez, O. P.

La presentación corrió a cargo D. Blas Piñar López, quien con la brillantez acostumbrada introdujo no sólo al ponente principal de la sesión, sino también, y en manera profunda, el contenido del tema propuesto, recordando en primer lugar la oposición entre «la Palabra divinamente inspirada» (con sus diversas formas de Inspiración) frente a «la palabra diabólicamente inspirada». Seguidamente, pasó a enumerar los tres modelos o instrumentos ideológicos de diabólica inspiración, presentes en el mundo moderno y postmoderno; a saber: (i) La Revolución Cultural marxista de Gramsci, expuesta en sus «Cuadernos de la cárcel», que ha perseguido y hasta un nivel de gravedad considerable conseguido el cambio radical de conciencia del hombre de la calle; (ii) la «New Age» o Nueva Era solar, tal y como ha sido explicitada, por ejemplo, en «La Conspiración de Acuario» de Marilyn Ferguson, con su bien conocido monismo y su panteísmo teológico; y (iii) El Nuevo Orden Mundial (proclamado por otra parte por George Bush ante el Congreso de los Estados Unidos de América), expuesto por Francis Fukuyama en «El fin de la Historia y el último hombre» y tristemente aplicable —cómo no,

cabe decir— a la Nínive en que se ha convertido la España actual, con la pretensión de tal filosofía de lograr la desaparición de Cristo, la desaparición de la Iglesia, la desaparición de las patrias, la desaparición de las familias, la globalización mundial y un sincretismo religioso que finalmente ha de lograr el Paraíso en la Tierra.

Tomo la palabra a continuación el P. Alfredo Sáenz, S. J., para, en primer lugar, introducir la figura del filósofo de origen japonés y nacionalizado norteamericano Francis Fukuyama, tan influyente en los salones de decisión de la gran república anglosajona.

Sin mayor preámbulo, el ponente procedió a glosar las líneas maestras de pensamiento del Nuevo Orden Mundial, señalando cómo, para los seguidores de tal corriente, con la democracia liberal «hemos llegado al final de la Historia», dado que dicha cosmovisión parece en nuestros días haber prevalecido finalmente de manera total y es por tanto la forma terminal de gobierno de la humanidad.

Para entender dicha afirmación de Fukuyama, es preciso conocer previamente su concepción de la Historia, que conforme explicó el P. Sáenz es heredera de los siguientes maestros de pensamiento: (i) Kant y su concepción progresivamente expansiva de la libertad; (ii) en forma especialmente intensa, Hegel, su auténtico «autor de cabecera»; y (iii) Marx, con su devenir necesario desde estructuras simples hasta formas estructurales más desarrolladas, unido a su proceso dialéctico de contradicción que termina en la sociedad terminal proletaria, donde ya no existen más contradicciones.

Desvirtuando a Platón, Fukuyama proclama la satisfacción del hombre gracias al capitalismo liberal, que le cubre: (i) sus deseos, mediante la técnica proporcionada por el liberalismo económico; (ii) su ansia de razón, mediante la política liberal; y (iii) su necesidad de reconocimiento, mediante la democracia liberal.

Sin embargo, antes de lograr el total fin de la historia querido por los acólitos del Nuevo Orden Mundial, existen peligrosos competidores u obstáculos que impiden la total homogeneización del mundo, cuales son: (i) la familia; (ii) más significativamente, la nación o patria; y (iii) sobre todo, la religión, especialmente la cristiana y, de forma destacada —por su espíritu de transcendencia— el Catolicismo, encabezado por el Romano Pontífice.

No obstante, Fukuyama insinúa que tanto el sentido de lo nacional como el cristianismo pueden compatibilizarse con el Nuevo Orden Mundial siempre que el primero se limite al ámbito de lo folklórico y el segundo se reconozca simplemente como una opinión, una verdad entre tantas otras verdades (y en ningún caso, como «la Verdad» que proclamó ser Jesucristo). Tal pretensión de Fukuyama fue calificada de sagaz e incluso de diabólica por el conferenciante, pues cabe fácilmente deducir cómo de plegarse a las exigencias del Nuevo Orden, el hombre irá poco a poco olvidándose de sus creencias tradicionales, las cuales irán siendo sustituidas por la sacrosanta Democracia liberal; desaparecerán igualmente con aquéllas, por cierto, la filosofía y el arte, relegado éste a los museos y yermo de nueva creación. Con Dostoievsky, «el hombre morirá de un gran bostezo», en un tremendo aburrimiento metafísico en medio de una gran esclavitud sin señores.

«*Oppositum per diametrum*» se encuentra el pensamiento perenne del Doctor Común, a quien el jesuita argentino no dudó en calificar de padre intelectual, pues de forma análoga a la de Santa Teresa o San Ignacio de Loyola, su obra sobrepasa los estrictos límites de sus respectivas órdenes para cubrir con su gloria hasta los últimos rincones de la vida intelectual de la Iglesia.

La proclamada oposición es patente, en primer lugar, porque el pensamiento de Fukuyama, en comparación al del santo de Aquino, parte de un error antropológico: el hombre de la Revolución francesa, de Hegel y de Marx es (i) un ser esquizofrénico, roto por la tensión entre el colectivismo y el individualismo, desarraigado pues ha perdido sus raíces y semejante a una planta artificial que ya ni mira a la luz que viene del Cielo ni a las tradiciones que recoge de la tierra, muy distinto del hombre orgánico tomista, «*zoon politikon*» religado con sus semejantes por esa gran ligazón que constituye —etimología y lógicamente— la Religión; (ii) un hombre naturalista, immanentista, pelagiano, negador de lo sobrenatural, rousseauiano, hombre-Dios, tan distinto al hombre como ser hecho a imagen y semejanza de

(1) BLAS PIÑAR había hablado del hombre moderno como «*imago diabolis*».

Dios, «icono Dei» (1); (iii) un «homo faber» u «homo oeconomicus», cuyo fin último es la economía como satisfacción técnica de sus necesidades a través del puro disfrute y posesión de unos medios convertidos en fines, pero que finalmente queda transformado en un individuo presa de los deseos, acuciado por los grandes medios de comunicación y fácil rapiña de los imparables progresos de la técnica, tan lejano a la grandeza del modelo tomista de hombre plenario tendente a la contemplación, que siguiendo la genial distinción agustiniana del «uti» y el «frui», usa de los bienes temporales como medio para gozar de los fines espirituales; (iv) hombre, en definitiva, superficial —cuya mayor profundidad se encuentra, al decir de Valéry, en la piel—, hombre castrado, hombre-gallina, de bajos vuelos, nieto bastardo y decadente del hombre-águila, cuya falta de reacción terminará convirtiéndole en admirador de los cerdos e, incluso y siguiendo la cita bíblica, en imitador del individuo porcino hasta en el mismo alimento de éste. El modelo humano de Fukuyama rezuma decrepitud en la juventud física que tanto anhela y desesperación en el loco afán por satisfacer sus «expectativas», mientras el hombre de Santo Tomás se eleva sobre las fatuas expectativas mundanas tendiendo hacia las «esperanzas» y ganando así una juventud sobrenatural que acrece con los años, conforme se va acercando cada vez más a la gloria eterna del Cielo.

En segundo lugar, el Orden Mundial de Fukuyama parte de un concepto inmanente de la Historia, que a su decir posee un fin en sí misma, negadora por tanto de la Teología de la Historia cristiana, regida desde principio a fin por la Providencia divina. El ponente recordó cómo, conforme al Apocalipsis y al anuncio del penúltimo estadio de la historia de la humanidad, en que queda instaurada en el mundo la figura del Anticristo, Santo Tomás describió al Anticristo, en su comentario a la Epístola a los Tesalonicenses, como un príncipe secular, que se dirá Anticristo no sólo e implícitamente como contra-Cristo, sino pretendidamente como-Cristo, vale decir remedo de Cristo, mono de Cristo, que a Él se intenta parecer para torticeramente vencerle, por más que al final de la Historia se imponga con carácter definitivo la magnificencia divina en todo su esplendor.

Como tercera falsedad y signo de total oposición con la filosofía cristiana, la concepción de Fukuyama tiene un erróneo concepto del mundo u orden temporal y social, heredero de la Reforma protestante y de la Revolución francesa, e impregnado como ellas de una disolvente inmanencia, desconocida para la Tradición tomista de las tres ciudades: los discípulos de Jerusalén, los filósofos de Atenas y los cristianos de Roma confluyen fértilmente en Santo Tomás y con él en toda la Tradición eclesial como, de una forma nefasta, lo hacen en la línea que, más o menos oscura o torpemente llega hasta Fukuyama, los judíos contrarios a Cristo, los sofistas griegos y los responsables de las persecuciones en el Principado romano.

En conclusión, tanto la gran Cristiandad, en el momento histórico en que la hemos conocido, como el actualmente asediado Cristianismo, suponen un claro correctivo de las tesis que hoy recoge el Nuevo Orden Mundial de Fukuyama, no pudiendo achacarse a la perenne filosofía católica el fácil dardo de la inadecuación a la realidad, pues el amor y el consejo por la contemplación nunca ocultaron ni a la Tradición de la Iglesia ni al propio Santo Tomás el interés por lo real y el estudio de lo doméstico.

Caído el marxismo político y para los que creen en el mundo libre con la única garantía del derrumbamiento del muro de Berlín, invectivas como la anteriormente expuesta confirman las tesis del Cardenal Ratzinger sobre la aparición de siete demonios igualmente peligrosos donde antes había solamente uno. La Iglesia, en conclusión, no debe dejarse absorber por el Nuevo Orden, ni acomodarse, ni resignarse, sino más bien, hacerse militante, restaurar en la sociedad civil las comunidades reales que son las familias, los municipios, las asociaciones, las patrias, y todo ello en comunión con el Cuerpo Místico y el Padre. Así lo recordaba el Concilio Vaticano II cuando vaticinaba la desaparición de la criatura que olvida a su Creador, y asimismo lo recordaba el Papa Juan Pablo II en su última visita a España, recomendando abrir todas las puertas y superar la reclusión de la Religión en la vida privada y en los corazones, para hacerla siempre presente en las sociedades.

Siguiendo a Su Santidad en su denuncia de las «democracias enfermas», el Padre Sáenz recomendó coraje e imaginación para

contestar tesis como las de Fukuyama, pues contrariamente a lo que una y otra vez se nos impone creer, podemos luchar contra esas pretendidas fuerzas anónimas e impersonales de la Historia, dado que, según ha recordado Thomas Molnar, son grandes personalidades las que a veces logran reconducir el curso de los acontecimientos.

En este sentido, el Padre Sáenz nos apeló con Santo Tomás al optimismo y a la paciencia para sembrar lo que quizás no fructificare hasta las generaciones de nuestros tataranietos, como las penurias sufridas en las catacumbas por los primeros cristianos no habrían de fructificar sino hasta siglos después, en la añorada Cristiandad medieval, pues en definitiva no se nos ha de juzgar por la Victoria —que sólo Dios sabe y decide cuándo y a quién le será concedida— sino por las cicatrices empeñadas en obtenerla.

MIGUEL TOLEDANO.